

El caso de las "ursulinas corruptoras"

"Ursulinas sexólogas", "Ursulinas rojas, a Moscú". Los letreros han aparecido en estos días pintados en la fachada de un colegio de religiosas de la calle General Mola, en el barrio de Salamanca, de Madrid, donde cursan sus estudios unas mil doscientas alumnas, hijas de familias de la clase acomodada. La "pintada" se ha producido tras una serie de incidentes promovidos por un grupo de padres de alumnas para protestar contra la línea pedagógica propuesta por el colegio, sobre todo en lo referente a la enseñanza moral y religiosa. La injusta acusación, verdadera "caza de brujas" desencadenada contra un antiguo colegio, tiene también su lado cómico. Tradicionalmente se había venido considerando a las ursulinas como paradigma de la ñoñería. De un chiste inocente se decía que era "para ursulinas". De la noche a la mañana se las acusa de "corruptoras de la juventud". Y lo más trágico y, al mismo tiempo, lo más cómico del caso, es que la Administración, y concretamente las autoridades académicas, parecen prestar oídos a las disparatadas aprensiones del reducido grupo de padres de alumnas que han promovido los incidentes.

La orden que rige este colegio de Nuestra Señora de Loreto no es propiamente la de las Ursulinas, aunque popularmente se conoce a las monjas por este nombre. Se trata de la Congregación de la Sagrada Familia, de origen francés, y la confusión procede del hecho de que esta orden fue de las primeras que llegaron a Madrid para establecer colegios, a mediados del pasado siglo, al tiempo en que lo hacían las ursulinas propiamente dichas. Se trata, por tanto, de un colegio tradicional, el "colegio de monjas" clásico en que han venido siendo educadas en nuestro país las hijas "de buena familia". Hasta hace muy pocos años, el colegio mantenía, en el ejercicio de la inevitable "caridad", una escuela gratuita, cuyas beneficiarias, hijas de "pobres", eran conocidas por las monjas y por las alumnas de pago como "niñas blancas". En alguno de estos colegios, no sé si también en éste, existía hasta hace muy poco la costumbre de que cada alumna de pago tuviera bajo su amparo personal a una o dos de estas "niñas blancas".

En estos años, y como consecuencia de las normas del Concilio Vaticano, se ha venido produciendo en este tipo de colegios, y concretamente en el de Nuestra Señora de Loreto, un cierto cambio de orientación en la línea pedagógica, todo ello, apenas hace falta decirlo, con los temores, vacilaciones y lentitud propios de estas instituciones. Esta que podríamos llamar "pequeña apertura" ha cristalizado, en el caso del colegio de Loreto, en la nueva línea educativa que las monjas dieron a conocer recientemente a los padres de las alumnas. En el documento se dice que "la finalidad de la educación es buscar el desarrollo de la persona en solidaridad, al servicio de los hombres, capacitándonos para una acción de fe". Se habla de "examinar la realidad con objetividad, haciendo la crítica y enjuiciando las acciones propias y de los demás" y también de "comprometerse en un proceso de transformación de la sociedad que fomente un mundo más justo y un hombre más solidario en contraposición a una instalación individualista".

El moderado programa, ajustado en todo a

las normas de la Conferencia Episcopal y a las declaraciones de la Iglesia en materia educativa, ha sido adoptado por una gran mayoría de los colegios religiosos españoles. Pero he aquí que en este del barrio de Salamanca de Madrid, en las reuniones que las monjas convocaron para comunicar a los padres la nueva línea, se produjeron protestas por parte de algunos grupos. Se reprochó a las religiosas el hecho de que en la capilla se distribuyera la comunión en la mano. Las monjas contestaron que tenían el correspondiente permiso del Secretariado de Liturgia. Este reproche se produjo en la reunión a que se había convocado a los padres de las alumnas de E. G. B. En la reunión de los padres de las alumnas "mayores", es decir, de sexto curso y bachillerato, grupos de jóvenes de



extrema derecha repartieron un escrito sin firma con acusaciones mucho más graves. La lectura de este escrito produce verdadera risa. Se acusaba a las "ursulinas" de estar pervirtiendo a las niñas confiadas a su tutela. El tema de la educación sexual era objeto de especial atención en este escrito. Se decía que "la iniciación sexual que se está dando no es una formación en esta materia, sino una invitación clara a la fornicación, que está desgarrando la inocencia y el pudor de las educandas".

No me ha sido posible hablar con las monjas. Tras los acontecimientos de estos días no reciben a nadie ni quieren hacer declaraciones. He hablado con algunos padres de alumnas y les he preguntado si es cierto que se imparte "iniciación sexual" en el colegio. Uno de los padres, para ilustrarme respecto de la ausencia total de esta disciplina, me ha contado una expresiva anécdota. Dice que cuando leyó el panfleto, le preguntó a su hija si había algo de verdad en la acusación de que las monjas estuvieran dando ese tipo de educación a las alumnas. La chica contestó: ¡Qué nos van a dar si ellas no saben de qué va!". Las otras acusaciones del panfleto merecen parecidos comentarios. Se dice en él que "La deformación religiosa que las alumnas están sufriendo por medio de los capellanes es una clara instrucción comunista" y que "se abusa de la confianza depositada por nosotros en los educadores de nuestras hijas, para entregárselas atadas de pies y manos a los activistas políticos del comunismo". Se insiste también sobre el reproche de la "comunión distribuida en la mano y la inmersión de la Sagrada Forma". Se afirma, desde luego falsamente, que "están prohibidas por la Santa Sede" y, en colorista descripción, se dice que "algunas niñas se refieren a esta forma de comulgar como 'mojar' en el chocolate". El panfleto termina pidiendo a los padres de las alumnas que en-

cuentren "la fórmula de participación en el colegio que garantice que las enseñanzas que se impartan a nuestras hijas respondan a los principios católicos eternos e inamovibles".

Respecto de la acusación de que las "ursulinas", además de "sexólogas", sean "rojas", un padre me contaba que su hija de ocho años había llegado a casa muy excitada el día en que aparecieron en la fachada los letreros pintados diciendo: "Fíjate, papá, llaman rojas a las monjas y dicen que se vayan a una ciudad con un nombre muy raro". Hay otras sabrosas anécdotas. Un tendero del barrio, impresionado por las acusaciones integristas, se lamentaba: "Con lo que me ha costado a mí traer aquí a mi hija para que se codeara con lo mejor de Madrid, y que ahora me pase esto...". Pero lo grave del caso es que los disparates del panfleto parecen haber sido atendidos por los responsables de la política educativa. A pesar de que la gran mayoría de los padres de las alumnas apoyan a las religiosas, y así lo han manifestado en un escrito contestando a las acusaciones del panfleto, y a pesar de que la línea educativa presentada por las monjas ha recibido también el apoyo del Colegio de Licenciados y Doctores y de las instituciones de la Iglesia, no han cesado las investigaciones por parte de la Administración y no se ha hecho nada para tranquilizar a las monjas. Parece como si la locura de los padres integristas hubiese contagiado también a mentes más serenas. O, al menos, no se ha oído en este caso ninguna voz sensata entre los responsables de la política educativa, como parecería aconsejarlo, no ya el sentido de la justicia, sino el mínimo sentido del humor.

En el programa que las monjas presentaron a los padres para dar las grandes líneas de sus criterios educativos había un aspecto importante. La línea pedagógica no se presentaba a los padres como una imposición, sino que se pedía a todos ellos que hicieran cuantas sugerencias y objeciones desearan, a fin de enriquecer y mejorar en lo posible la educación impartida a las alumnas. Los padres disconformes con esta línea educativa no utilizaron la vía del diálogo que las monjas ofrecían. Sin duda, manejados por otros —como lo sugiere el hecho de que en una de las reuniones habló por ellos una persona que no tenía a ninguna hija estudiando en el colegio—, adoptaron una actitud irreconciliable de total oposición a cualquier cambio. Parece, según ciertos testigos, que estos padres disidentes celebraron reuniones en algún lugar distinto del colegio, donde se les instruyó respecto de lo que debían hacer. El panfleto distribuido en el colegio con las burdas acusaciones era anónimo. La mayoría de los padres de las alumnas —unos 500—, en el escrito que firmaron como contestación al panfleto, decían que: "Independientemente de la acción judicial que se pudiera emprender contra los autores del panfleto, si ellos llegan a tener el valor suficiente para abandonar el anonimato, hemos de hacer constar nuestra completa adhesión al colegio...".

Así están las cosas en el colegio de Loreto. En el país del "se cuenta y no se acaba", en estos días en que oímos voces de "apertura", asistimos al mismo tiempo, contristados y divertidos, al asombroso caso de las "ursulinas corruptoras". ■ LUIS CARANDELL.